

ALFAGUARA



J. Volpi

Memorial del engaño

Traducción de Gustavo Izquierdo

Obertura

La mañana del 23 de abril de 2011, la secretaria depositó sobre mi escritorio un paquete enviado por correo ordinario, sin remitente y con matasellos de Colombo, en cuyo interior se alineaban una carta y un manuscrito titulado Memorial del engaño, firmado por J. Volpi. Me imaginé frente a una broma de mal gusto o el desafío de algún malicioso autor de la agencia (pensé en dos o tres nombres). Como cualquier neoyorquino, había seguido con cierto interés la historia de Volpi, un inversor de Wall Street y mecenas de la ópera que, de acuerdo con una nota del Times de octubre de 2008, había estafado a sus clientes, en una suerte de esquema Ponzi, por un monto cercano a los 15 mil millones de dólares: una cifra considerablemente menor a los 65 mil millones defraudados por Bernard Madoff, pero suficientes para acreditarlo como otro de los grandes criminales financieros de la Gran Recesión iniciada ese año. Sólo que, mientras Madoff fue condenado a ciento cincuenta años de prisión tras confesar su desfalco, Volpi huyó del país ante la inminencia de su arresto sin que a la fecha exista indicio alguno sobre su paradero.

En su carta, o en la carta escrita en su nombre, Volpi me pedía (casi me exigía) que leyese su autobiografía y, en caso de apreciar su «innegable valor documental y literario», me decidiese a representarlo. Me repelió su tono altivo e imperioso —un tono que, según la prensa, siempre caracterizó sus intervenciones públicas—, pero aun así le solicité a S. Ch., entonces vicepresidenta de la agencia, que me presentase un dictamen. Con un escepticismo idéntico al mío, ella intentó desembarazarse del encargo y lo delegó en un asistente. Quiero que lo revise tú misma, la apremié sin contemplaciones.

El sábado siguiente, mientras mi esposa y yo jugábamos al bridge con un celebrado autor de novelas policíacas y su mujer, S.

Ch. me llamó para informarme que, o bien el manuscrito era obra de Volpi, o bien de alguien que lo conocía de muy cerca: yo debía echarle un vistazo cuanto antes. El lunes devoré de un tirón más de un tercio del manuscrito antes de asumir que estaba obligado a dar cuenta de su existencia a las autoridades. Cuando por fin marqué el número del FBI, había llegado al final, obstinado en utilizar unos guantes de látex para no arruinar las posibles huellas dispersas entre sus páginas.

Al cabo de unas semanas los peritos llegaron a nuestra misma conclusión: el texto contenía un alud de datos que sólo Volpi podría conocer; si el financiero prófugo no era su autor, al menos tenía que haber participado en su redacción, asistido tal vez por un ghost-writer. Por desgracia, el texto no ofrecía pistas que condujesen a localizarlo o a identificar a su hipotético cómplice. Y, por cierto, no contenía ninguna huella legible.

Al término de un engorroso proceso, un juez federal determinó que el manuscrito fuese considerado parte del patrimonio de Volpi y lo sumó a los bienes que el abogado del Estado tenía encomendado enajenar para resarcir a sus víctimas. Tanto Leah Levitt, la segunda esposa de Volpi (quien sólo obtuvo el divorcio tres años después de su desaparición), como su hija Susan se mostraron de acuerdo con entregar las previsibles regalías generadas por el libro al fondo destinado a aliviar los daños perpetrados por su autor. Tras una puja realizada en el marco de la Feria del Libro de Frankfurt de 2012, Memorial del engaño hallará su camino hacia el público gracias al entusiasmo de numerosas editoriales.

¿Por qué Volpi envió su libro a una agencia estrictamente literaria en vez de dirigirse a una especializada en obras de no ficción? Aunque llegamos a cruzarnos en alguna gala de beneficencia en Nueva York o al descender las escalinatas del Lincoln Center, a Volpi y a mí jamás se nos presentó la ocasión de charlar y entre nosotros jamás existió ninguna relación personal. La respuesta, imagino, se halla en otra parte: su legendaria soberbia, causante de su vertiginoso ascenso y su drástica caída, le impedía imaginarse entre miles de best-sellers dedicados al colapso financiero y prefería considerar que su sitio estaba al lado de los trece premios Nobel y veintidós Pulitzer vigentes en nuestra nómina de autores.

La verdadera cuestión es, más bien, por qué yo me decidí a representarlo o, para ser más precisos, a gestionar los derechos de su autobiografía. Me gustaría advertir que Volpi —o su ghost-writer— es dueño de un estilo que superó mis expectativas (si bien resulta vano compararlo con otros escritores de la agencia). Más allá de sus defectos formales, pocas veces se puede escuchar la voz de un autor que, ajeno a cualquier precaución o sentido ético, se atreve a desmenuzar con semejante desvergüenza el desastre financiero de estos años. Además, Volpi narra la historia de su padre, un economista de origen ruso que, durante la segunda guerra mundial y los acuerdos de Bretton Woods, se desempeñó como asistente de Harry Dexter White en el Departamento del Tesoro. Obsesionado con desvelar su identidad, Volpi nos reintegra un episodio de nuestra historia política y moral que, hoy más que nunca, no debería quedar en el olvido.

La suya es, a fin de cuentas, la historia en primera persona de una generación que, atenazada entre el riesgo y la avaricia, precipitó al mundo en uno de los mayores desastres económicos y humanos de los últimos tiempos. Como llegó a decir un analista, nunca tan pocos hicieron tanto contra tantos. El protagonista de estas páginas, acaso un sosias o doppelgänger del auténtico Volpi, se arriesga a hablar —a cantar— por ellos.

A. W.

Nueva York, 2 de diciembre, 2012

Primer acto
Il dissoluto punito

Escena I. Sobre cómo un pichón arruinó mi primer cumpleaños y la ingratitud de los lobeznos

CAVATINA DE JUDITH

Una mitad refulgente y la otra opaca, como si alguien hubiese troceado la luna con un punzón. Tu padre permaneció largos minutos frente a la ventana, con los ojos bien abiertos, obsesionado con el claroscuro. Había vuelto a despertarse a las cinco de la madrugada —su reloj se detuvo a las 5:23—, como todos los días desde que nos abandonó. Al distinguir los primeros reflejos del alba, Noah volvió a tumbarse sobre la cama. Corrijo: un camastro apolillado, al garete sobre los tablones del piso; a su alrededor, un par de cajas de madera hacían las veces de mesas o sillas. Sus únicas pertenencias: una docena de libros, un par de retratos y el lastimoso estuche con su violín. Lo contemplé así en tantas ocasiones, hijo mío: un cuerpo sin alma o con un alma que sólo regresaba al cuerpo al cabo de varios minutos de extravío. Cuando tu padre recuperó la conciencia, amanecía. A esa pocilga apenas la lamían unos cuantos rayos de sol; con suerte cerca de las diez un hilo de luz se filtraría a través de las persianas y exhibiría la suciedad del catre y de las colchas. A lo lejos se distinguía la algarabía de los pájaros, los malditos pájaros que se obstinan en piar cuando clarea.

Noah se dirigió al baño, un cuadrángulo minúsculo con un retrete carcomido por el óxido. Penoso escenario, hijo mío, aunque fuese tu padre quien lo eligió al hacer a un lado nuestra vida en común. No presumo que nuestra convivencia fuera sencilla, pero al menos en el departamento de Park Slope habíamos conseguido mantenernos al margen de las habladurías. En el peor de los casos podríamos habernos marchado a otra ciudad o a otro estado, pero tu padre ni siquiera consideró mi

sugerencia. Giró el grifo y un chorro de agua se precipitó sobre el cochambre. Imagino que se desnudó de un tirón, sacudido por una prisa repentina: su cuerpo lucía cada vez más esquelético, las costillas hendidas en los costados, el ombligo prominente y el cráneo con entradas hasta la coronilla (de joven la negrura de su pelo enloquecía a las secretarias). A su edad otros hombres conservan un aura juvenil o al menos cierto vigor en la mirada, pero a tu padre los años en Washington le arrebataron toda la energía y el agua tibia apenas diluyó su desvelo.

Una vez fuera de la ducha debió mirarse en el espejo, un vidrio con la plata desconchada que le devolvió su decadencia repetida. Noah siempre odió ese ritual matutino, constatar que cada vez se parecía menos a quien había sido en el pasado. Con destreza deslizó la navaja por su cuello y su mandíbula: ni una gota de sangre. Retornó al cuartucho, hurgó en una de las maletas que aún no había vaciado y descubrió su última camisa limpia. Yo misma la había almidonado sin saber que iba a dejarnos. Imposible adivinar si me lo agradeció o si por fin me echó de menos. Se enfundó los calzoncillos, el pantalón, la camisa y los tirantes y todavía tuvo tiempo de peinarse y esparcirse unas trazas de loción en la nuca. ¿Para qué? Tal vez sólo por costumbre, un reflejo que carece de propósito.

Se sentó sobre la cama y abrió un grueso tratado de economía. No exijas claves, hijo mío. Un libro de texto como cualquier otro —así me lo confirmaron sus colegas—, un compendio escolar sin pretensiones. Quizás releyó algún capítulo o buscó algún dato entre sus páginas. ¿Cómo saberlo? Hacía meses, te repito, que su conducta había dejado de ser lo que se dice normal. Estúpida palabra. A ver ésta: *previsible*. Previsible para quien lo acompañó durante dos décadas, para quien compartió sus incontables desventuras y escasas alegrías, para quien se acostó con él a diario, para quien lo conocía como nadie. Más que reservado, Noah era impenetrable, pero no confundas esta expresión con misterioso o enigmático. Hay hombres abiertos y hombres cerrados, y tu padre pertenecía a los segun-

dos. Una caja fuerte que no albergaba en su interior más que ideales y buenos sentimientos.

Llevaba demasiados años triste, devastado. ¿Cómo no iba a estarlo? Había consagrado su vida al Tesoro, a luchar por su país, y de pronto nada le quedaba por delante. Eso lo comprendo. Pero la melancolía no justifica que se haya marchado de un día para otro, y menos en mi estado. Después de veinte años, se escabulló, alquiló ese cuchitril en Queens y se refundió en él como si se tratase de una cárcel o una sinagoga. ¿Qué esperaba? ¿Que yo lo rescatase? ¿Que clamara justicia en su nombre? ¿Que implorase su regreso? Me conoces, hijo: yo no le ruego a nadie. Cuando tuvo el descaro de volver a casa, al cabo de un par de semanas, se limitó a recoger su violín, sus papeles y sus libros. Otra vez no dio explicaciones. *Debo irme*. Sólo eso. Y se largó a Queens.

Imagino que tu padre hojeaba aún su tratado de economía o de nuevo tenía la mente en blanco cuando lo distrajo un chillido en la ventana. Al volver la vista distinguió una paloma que luchaba por liberar una de sus alas, atrapada entre el vidrio y la madera. Se irguió y se aproximó al animal, que aleteaba enloquecido. Noah levantó el marco pero, en vez de alzar el vuelo, el pichón se quedó allí, paralizado, con un ala medio rota y la mirada adolorida. Supongo que incluso las palomas mostrarán dolor en la mirada. Tu padre debió contemplarla durante un rato sin saber qué hacer, conmovido por la fragilidad de la criatura. De seguro pensó que estaba obligado a salvarla. Le dio un pequeño empujón. Nada. Luego otro. Nada. Entonces debió asumir que lo mejor sería conducir el bicho al interior, restañar su herida, alimentarlo con galletas, esperar que se aliviase poco a poco, tal vez le serviría de compañía. Se recargó sobre el alero y trató de atrapar su cuerpecito. La bestezuela debió malinterpretar sus intenciones y se balanceó torpemente en la cornisa. Noah tomó impulso y estiró el brazo. Quizás lo sacudió el vértigo al contemplar los once pisos que lo separaban de la acera. O tropezó sobre el alero en un último esfuerzo por rescatar al pichón. Lo cierto es que, cuando el primer transeúnte se topó con su cuerpo despanzu-

rado sobre la acera, tu padre aún conservaba un haz de plumas en la mano.

RECITATIVO

Palabras más, palabras menos, éste es el relato de Judith en torno a la muerte de mi padre y, como puede verse, palabras a ella nunca le faltaron. Yo tendría cuatro o cinco años cuando por primera vez desgranó ante mí el episodio y, más que la intrusión de la paloma, recuerdo su timbre venenoso, que no he reproducido con justicia, su mirada de acero hendida sobre mi timidez y sus dedos trazando piruetas en el aire (las uñas rojo intenso), sin muestra alguna de tacto o de pudor, hasta que una de sus palmas, elevada a la altura de la cabeza, se estrellaba contra su gemela reproduciendo el crujir de los huesos de mi padre contra el cemento. A veces Judith prolongaba su especulación sobre la miseria, el insomnio o las lecturas de su difunto marido, otras adobaba el incidente con una pátina algo más patética o más ridícula (o ambas cosas) y otras se empeñaba en demostrarme que la desgracia había sido íntegra culpa de mi padre, aunque en ningún caso omitía señalar que, más allá de su carácter esquivo, su mala suerte y su huida repentina, Noah era un buen hombre, dicho esto con idénticas dosis de conmisericordia y desprecio.

Ocurría así.

Por la noche, después de cubrirme con el edredón, como si fuese a relatarme un cuento de hadas, o a la hora de la comida, acompañando un *gefilte fisch* con *khren*, Judith reelaboraba los hechos sin admitir preguntas de mi parte. Gracias a esta táctica, durante años lo único que supe de mi padre fueron los rasgos de carácter exaltados en su infortunada cita con el pichón: una bondad íntima hacia los animales (y acaso las personas), cierto desinterés o descuido hacia los fetos, una clara propensión hacia la desgracia y una afición por la música clásica que contrastaba con su vulgar profesión de economista. Imposible extraer de mi madre detalles no incluidos en este recuento

o exigirle una prueba fotográfica: con una sola excepción, todos sus retratos se extraviaron en la mudanza posterior al entierro, se justificaba ella. A nadie debería extrañar que mi padre fuese para mí muy poca cosa: un nombre pronunciado de mala gana y la sensación de ignorar el origen de un cincuenta por ciento de mis genes.

Años después, un proxeneta de la mente señaló que mis conflictos con la autoridad se originaban en la ausencia de una figura paterna durante mi niñez. Sublime tontería: Judith cumplía a la perfección con la tarea. Su afición por la ginebra y los habanos, sus modales ariscos y brutales, su lenguaje de carretero y su afición a pelearse, mejor si a golpes, con quien osase contradecirla o engañarla, bastaban para demostrar que era más viril que cualquier hombre. A lo largo de estas páginas volveré a su doble temperamento de carcelera y dama de la caridad, por ahora me contentaré con sostener que, pese a su delgadez y la brevedad de su estatura —a los doce yo ya la rebasaba—, mi madre no sólo era capaz de colmar una habitación con su presencia, sino tres o cuatro pisos. No pretendo cebarme con ella (no todavía): la recuerdo como un entrañable gnomo judío, no exento de una belleza escalofriante, capaz de doblegar a un ejército o de imponer su voluntad a una pandilla de matones. Seré más justo: una mujer que se labró a sí misma desde pequeña —el insaciable cliché de la pobreza, padre adúltero y madre depresiva— y que no consintió en doblegarse o arrepentirse ni siquiera ante la muerte.

Hasta los quince o dieciséis años jamás me laceró la orfandad, una condición que me permitía colocarme a la altura de los infelices que conservaban las barras y estrellas o los corazones púrpuras entregados a sus madres en ceremonias tan solemnes como hipócritas. Imposible jactarme de que mi padre fuese un héroe caído en combate, como los de mis compañeros de escuela, pero sacudidos por mi desamparo los profesores me reservaban una benevolencia de la que siempre logré aprovecharme (al tiempo que los odiaba por dispensármela). Para bien o para mal, Noah no intervino en mi educación: una gran ventaja si se compara con los estragos producidos

en la autoestima de mis compañeros por el cotidiano contacto con los brutos que los habían engendrado. Un buen padre, en mi opinión, es aquel que huye de sus hijos cuanto antes.

De Noah Volpi, reitero, nada excepto el apellido. Ese Volpi que en Polonia se escribía Wołpe y que desde entonces los dos arrastramos en esta nación fundada por bandidos y fanáticos. Al menos hasta que dejé de ser un ganso más bien torpe y me convertí en el único Volpi del que se habla hoy en día: el Volpi cuyo nombre ustedes, mis insulsos semejantes, mis pútridos hermanos, mis curiosos lectores, de seguro habrán escuchado maldecir durante los quince minutos de fama (ya unos años, a decir verdad) en que, acompañado por fotografías de dudosa procedencia, ocupó un espacio en la red, los telediaros y esas moribundas hojas parroquiales, los periódicos. Volpi, el conocido filántropo y hombre de negocios, fundador y principal accionista de JV Capital Management, uno de los *hedge funds* más pujantes en los albores del siglo XXI, según Bloomberg y MSNBC; Volpi, el infatigable benefactor del Met, la New York City Opera, la Filarmónica de Nueva York, la Juilliard School of Music, el Festival de Salzburgo, el Mariinski y el Covent Garden; Volpi, el inquilino habitual de los tabloides y las páginas de sociales de la Gran Pútrida Manzana; Volpi, el estafador que, desde octubre de 2008, se halla en paradero desconocido luego de defraudar a sus inversionistas por 15 mil millones de dólares: cifra a todas luces inverosímil. Éste soy yo, señoras y señores, distinguidos miembros del jurado, y en efecto escribo estas páginas desde Paradero Desconocido, un dulce poblado costero que, en contra de lo que yo me imaginaba, no cuenta siquiera con banda ancha (un prófugo de la Interpol no debería revelar estos detalles).

¿Por qué me atrevo a incordiarlos con mi relato? ¿Soberbia? Sin duda. ¿Arrepentimiento? Ninguno. ¿Autojustificación? La mínima. Digamos que la culpa la tiene el viejo Noah, ese hombre que me abandonó cuando yo estaba a punto de nacer para luego tropezar con un pichón y lanzarse un clavado de once pisos; ese hombre que jamás me acompañó y que mi madre se esforzó por borrar de mi memoria; ese hombre que era

mucho más que un burócrata desempleado y mucho menos que un personaje secundario en mi historia, y en la burlesca historia que concluyó con esa otra caída, la de Lehman Brothers. Así que, después de todo, le debo a ese fantasma más que un espurio apellido judío-polaco. En la soledad de quien ha de peregrinar a salto de mata de un confín a otro del planeta, descubrí que nos une algo más poderoso e inextricable. Noah fue un reticente símbolo de su tiempo y yo del mío. Él, del auge del capitalismo. Yo, de su derrumbe. Y, como por primera vez en décadas dispongo de una infinita cantidad de tiempo libre (salvo la mejor opinión de los guardianes de la ley), me asumo como un viejo cartógrafo decidido a unir estos dos puntos en el mapa.

CORO DE LOS AMOS DEL MUNDO

Dicen que, justo antes de que las olas se escabullan de la costa para retornar en un diabólico zarpazo, como ocurrió durante el tsunami que desganzó la costa asiática en 2004 (cuya magnitud sólo aprecié en el atronador inicio de *Hereafter*, donde Clint Eastwood desemboca en lamentable espiritista), el cielo se torna aterciopelado y luminoso, desprovisto de jaspes y de nubes, habitado por una luminosidad que, según los meteorólogos, es el único anticipo de la catástrofe. Así se vivió la primavera de 2008: una temporada de abulia y apatía, morosa y lamentable, en la que sólo unos cuantos agoreros del desastre, agazapados en las orillas de nuestro sistema financiero (por ejemplo en la arcadía de los campus), vociferaban ante auditorios semivacíos sus profecías, según las cuales no nos encontrábamos frente a una era de exuberancia irracional, en palabras del Gran Gurú Greenspan, sino ante una pompa de jabón que no tardaría en estallarnos en las narices. Envidiosos. Ilusos. Mentecatos. Lo que uno tenía que escuchar en labios de esos resentidos. ¿Una burbuja inmobiliaria? Estupideces. Era claro que ni Ribini ni Rabini ni ninguno de sus compinches harvardianos u oxonienses sabían de lo que hablaban. ¿No tuvieron ocasión de revisar los datos oficiales? En Estados Uni-

dos jamás existió una burbuja inmobiliaria. *Jamás*. Éstas brotaron de vez en cuando, si acaso en lugares como el sur de la Florida, a causa de la especulación de pandillas de judíos jubilados. Los papanatas tendrían que haber destilado sus estadísticas: este gran país, tomado en su conjunto, jamás sufrió una crisis de vivienda. Lo mejor era desoír o acallar a los lunáticos y concentrarnos en administrar aquella irracional y gozosa exuberancia.

No exagero. Lean los diarios y escuchen las declaraciones pronunciadas a lo largo de esos meses de calma chicha. Primavera de 2008, incluso los inicios del verano. Descubrirán a quienes muy pronto habrían de convertirse en los impositados héroes o los efímeros villanos de nuestra tragicomedia. Todos repetían el mismo mantra: no hay de qué preocuparse, el crecimiento se mantiene, la inflación se halla contenida, superaremos este bache y continuaremos adelante. Empresarios. Políticos. Especuladores. Banqueros. Profesores. Funcionarios del Tesoro y de la Reserva Federal, del FMI, del BM y de la ONU. Greenspan, Clinton y Bush Jr., Paulson y Bernanke, Geithner y los CEO's de nuestros pilares financieros. Igual que una pléyade de ciudadanos comunes y corrientes, como ustedes, mis lectores. Y *yo mismo*. Todos manteníamos la misma fe, o eso decíamos: esta vez será distinto, las alarmas son inciertas, los temores infundados, podemos seguir endeudándonos —y enriqueciéndonos— sin tregua, que los mercados, sanos como toros, sabrán autorregularse.

Sin duda había unas cuantas señales preocupantes, las hipotecas se habían disparado, nadie era capaz de calcular qué pasaría si dejaban de pagarse, descendía el consumo, pero el capitalismo preconizaba la destrucción creativa. En el peor de los casos unas cuantas empresas e instituciones de crédito acabarían liquidadas, como durante la debacle de las *dot-com*; descendería un poco el precio de los inmuebles y aumentaría suavemente el de los préstamos: una reorganización en todo caso necesaria, un mínimo ajuste antes de retomar el crecimiento. Ahora, *ex post facto*, resulta fácil decirlo: no fue así. Un tsunami. Una ola que, sin el menor aviso, ni siquiera esa

perturbadora claridad del firmamento, arrasó con nuestras certezas —y, peor aún, con nuestras fortunas—. No fuimos irresponsables. No fuimos rapaces ni ambiciosos. Sólo tuvimos mala suerte.

Me encantaría invocar esas excusas, creérmelas de veras como Greenspan y Bush Jr., como Paulson y Bernanke, como Geithner y los CEO's de nuestros pilares financieros. Rebajar mi arrepentimiento y mi vergüenza —no ante los desahucios y la pobreza de millones, sino ante mi impericia— y moderar la rabia ante mis pérdidas. Sólo que, a diferencia de esos hidalgos, yo no seguiré fingiendo. No me mueve un arrebató de honestidad, que mi público jamás admitiría, sino mi negativa a ser uno de los chivos expiatorios de quienes ahora se dan golpes de pecho. En su esquema, yo soy un criminal y ellos, en cambio, nada más se equivocaron. Yo soy una lacra, a la que se juzga necesario perseguir por medio mundo como si fuera un torturador o un criminal de guerra, mientras a ellos, los funcionarios y prohombres en quienes depositamos nuestra fe y nuestra confianza, les basta con pedir una disculpa. A mí hay que cazarme como a un perro o exterminarme como a una rata; en cambio ellos, después de agachar un poco sus calvas y exhibir unas apresuradas condolencias ante sus millones de víctimas, han sido reinstalados en sus puestos directivos —u otros equivalentes— y vuelven a embolsarse sus bonos millonarios.

No, señores, no pienso tolerarlo. Éste es mi alegato. Sí, yo defraudé a un centenar de inversionistas. Sí, entre ellos había fondos de pensiones, universidades, hospitales, fundaciones artísticas y humanitarias. Sí, engañé a mis amigos y a los amigos de mis amigos. Sí, puse en riesgo a mis socios y a mi familia. Sí, soy un canalla y un ladrón, digno heredero de Charles Ponzi. Sí, acepto que se me compare con Bernie Madoff (excepto, por favor, en el peinado) aunque su fraude supere al mío en cuatro a uno. Sí, soy un monstruo, un demonio, un peligro para la sociedad. Pero quienes me señalan con sus índices flamígeros mientras contemplan el *skyline* de Manhattan degustando un coñac o mordisqueando un habano no son mucho mejores.

TRÍO

—Eso fue lo que nos dijo.

La voz de Susan debió sonar como un quejido. La imagino con el mismo atuendo que horas antes yo le había celebrado: la falda granate con una abertura hasta los muslos, la camisa de seda cruda, la chaquetita D&G tan coqueta. El cuerpo delgadísimo, levemente arqueado, los lóbulos de las orejas y el cuello ya desnudos —alguien le habría recomendado esconder las joyas para acentuar su fragilidad—, el rostro maquillado con delicadeza, el cabello ceñido en un discreto moño y las manos, sus tersas manos, tiritando. A diferencia de Isaac, ella no estaba allí por su voluntad o por un resentimiento aquilatado con los años. Su porte altivo, la brevedad de sus respuestas y el volumen de sus labios demostraban que sólo había acudido a la comisaría porque no le había quedado otro remedio. Al principio se había resistido. «¿No hay otra opción?, ¿no podríamos esperar un poco hasta evaluar la magnitud de los daños?»

¡Prohíbo que la juzguen! Es falso que estuviese de mi lado, que cuestionase mi culpabilidad o buscase aligerar mis faltas y mis crímenes: simplemente odiaba la idea de confesarse con unos vulgares agentes del FBI, como en una película de gánsters —ella, que pagaba 700 dólares por sesión a un analista del Upper East Side—, y sólo se había dejado arrastrar hasta ese cuchitril después de que su hermano amenazara con implicarla en los turbios manejos de *su* padre, queriendo subrayar *el de ella*, no el de ambos.

Isaac, tan propenso al histrionismo desde niño (podía llorar por horas sin que nada lo calmase), gemía y manoteaba para acentuar su indignación como si sus graznidos demostrasen su inocencia. Pobrecillo. Casi me conmueven su espalda encorvada y su gesto endurecido, signos del pánico que debía desgarrarlo muy adentro. A sus ojos él tampoco tenía alternativa. Debía mostrarse implacable, sin el menor destello de piedad hacia quien lo había maltratado desde niño. Eso creía: que,

cuando yo le di la espalda en algún momento entre los catorce y quince años —apenas recuerdo el incidente—, lo condené a una vida de antidepresivos y terapias. No había modo de contrarrestar aquella injusticia primigenia: ningún coche deportivo, ningún viaje a la India o al Himalaya y ni siquiera un atisbo de disculpa consiguieron aplacarlo. Desde entonces él había acertado a la hora de juzgarme. Otros pensaban que yo era venal y egocéntrico, aunque también generoso y comprensivo (Susan, la primera); en cambio Isaac *sabía* que mis virtudes eran una mascarada para sacar provecho de quien se me pusiera enfrente, incluida mi familia. En contra de todos, en contra tal vez del universo —y siempre azuzado por su madre—, nunca se dejó encandilar. Y, ahora que se revelaba la verdad, se sentía por fin reivindicado.

—Espero haber entendido bien —musitó uno de los agentes—. Su padre acaba de confesarles...

—A las 10:17 de la mañana —interrumpió Isaac.

—A las 10:17 de la mañana su padre los convocó en su despacho para revelarles que su gigantesco fondo de inversiones estaba basado en un engaño. Que sus cuentas están sobregiradas. Y que el monto de las pérdidas asciende a unos... —el agente consultó su libreta y tragó saliva—... 10 mil millones de dólares.

—Así es —confirmó Isaac.

Los agentes (los imagino gruesos y morenos, vestidos con raídas gabardinas y corbatas de tres dólares: los estereotipos de la TV) debieron mirarse uno al otro sin dilucidar si se encontraban frente a una pareja de chalados, para colmo mellizos casi idénticos, o ante una de las acusaciones más sorprendentes de sus carreras. Uno de ellos pidió disculpas y se levantó para consultar a sus superiores.

—¿Puedo fumar? —preguntó Susan al agente 1.

Adivino la impaciencia de mi hija frente a esos dos gorilas, su belleza puesta en entredicho por la hinchazón de los párpados.

—Temo que no.

—¿Puedo salir un momento?

—Por supuesto —el policía debió esbozar una sonrisa—, usted no es la acusada.

Un par de horas más tarde, cuando Isaac se comía las uñas y Susan había maltratado sus pulmones con varias cajetillas, los servidores de la ley al fin dieron crédito a la denuncia y se apresuraron a solicitar, con carácter extraurgente, una orden de captura con mi nombre.

El tiempo es oro, pero el oro todo lo compra. Incluso tiempo.

En cuanto Isaac y Susan abandonaron mi oficina aquella mañana, dando un sonoro portazo entre lágrimas y recriminaciones luego de arrojarme a la cara los pasajes que les había reservado —el de ella rumbo a una hermosa isla del Caribe; el de él con destino a un *resort* en el Pacífico—, emprendí mi propia vía de escape, siguiendo un itinerario distinto al que les había revelado. Le di a Vikram mis últimas instrucciones, que éste cumplió refunfuñando, nos dimos un abrazo más corto del que yo hubiese requerido y tomé el elevador de servicio para abordar el coche que me esperaba en la calle trasera.

Digan lo que digan, es la suerte, ese azar contra el que a diario nos batimos los especuladores, quien nos hunde o nos rescata. Esa mañana apenas había tránsito en el Holland Tunnel. No revelaré mi ruta de escape (nunca se sabe si tendré que volver a utilizarla) y me conformaré con presumirles que, cuando el juez liberó la orden de aprehensión en mi contra, a las 14:30 p. m., yo me encontraba ya muy lejos del Sueño Americano.

No quiero pecar de cínico: aquél fue el peor día de mi vida. Sé que mi palabra no vale nada pero espero que *mis palabras* al menos transmitan un atisbo de la desesperación, la rabia, el miedo, la preocupación y el amor —sí, el amor— que me escaldaban mientras huía. Yo quería salvarlos y llevármelos conmigo. ¿No es la principal misión de un padre sustraer a sus hijos del peligro? Tal vez en el pasado no lo había hecho, o no lo suficiente, sin duda cometí una infinidad de errores, jamás fui un amigo o un modelo de conducta para ellos, siempre privilegié mi bienestar frente al suyo, pero en ese momento bus-

caba redimirme. Quería huir, por supuesto. No tenía salida. Quedarme significaba cien o doscientos años tras las rejas. Y también quería concederles a mis hijos la oportunidad de una vida en otra parte. Por desgracia, el imbécil de Isaac se dejó llevar por el resentimiento y arrastró a su hermana en su camino de inquina y de ceguera.

—No lo puedo creer, papá —balbució Susan cuando les confesé el estado de nuestras finanzas—. Debe ser un error, los contadores, la crisis, tú no...

Debí detenerla. Por una vez ella y su hermano merecían la verdad.

Todo empezó hace unos diez años, les dije. No fue intencional, al menos al principio. Me topé con uno de los baches que sufren todos los hombres de negocios. Nada ocurriría si lograba pasar capital de un fondo a otro. El mercado se recuperaría en unos días y el desliz quedaría en el olvido. Y así fue. Un pecado menor. Pronto me vi en otro sumidero y se me hizo fácil repetir la jugada. Poco a poco se convirtió en costumbre. No es momento de contarles cómo funcionaba el entramado, basta con admitir que acabé por perder el control, como cuando una presa se desborda, y ya no pude navegar contracorriente.

—Pero los dividendos que pagabas a tus clientes nunca dejaron de ser extraordinarios —me interrumpió Isaac.

—Era la única manera de seguir atrayendo capitales. Re-regular hubiese despertado toda clase de sospechas y precipitado la catástrofe.

—La catástrofe ya ocurrió.

Mi Bruto tenía razón. Pero ésa es la naturaleza de los esquemas Ponzi y, si se me permite la arrogancia, del universo: las cosas duran hasta que duran. Todo tiende al caos. Y luego se acaba. Es una ley inexorable. Una ley que, por cierto, siempre tomé en cuenta. A partir del instante en que la doble contabilidad se convirtió en una segunda vida para mi empresa, comprendí que sólo podría aspirar a prolongar las apariencias. Comencé una existencia transitoria, marcada por una inextricable fragilidad, dirigida conscientemente hacia el desastre. Cuando

cayó Lehman supe que mi tiempo se había acabado. Sobre todos nosotros pende, a fin de cuentas, la muerte. Pero yo había sumado otra: la del día en que Leah y mis hijos descubrieran que yo no era quien decía.

—No saben cuántas veces desperté a medianoche, entre sudores, imaginando el momento en que me vería obligado a mostrarles lo que soy. No pido que me entiendan, tampoco tengo la desfachatez para exigir que me perdonen. Lo único que deseo es que nos larguemos de aquí y que arrostremos este revés en familia. Por favor, vengan conmigo.

—¿Convertirnos en prófugos? —soltó Isaac—. Nosotros no somos criminales.

El mío no había sido un buen discurso, lo acepto, pero tenía que hacer cuanto estaba en mi poder para llevármelos. Susan, te dije entonces, pronunciando tu nombre con la mayor de las dulzuras, Susan, ayúdame a convencer a tu hermano. Debía apelar a tus sentimientos y lograr que me apoyases. Una estrategia infame, lo sé, pero tenía que probarla.

—¿No hay otra opción? ¿No podríamos esperar un poco hasta evaluar la magnitud de los daños? —dijiste con tu vozcita quebrada.

Isaac te lanzó una mirada animal.

—¿Vas a defenderlo? ¿Te das cuenta de lo que hace? Pretende dividirnos, hermana, como siempre. Tú eres la buena y yo el rebelde. Tú la consentida y yo el ingrato. No entres en su juego.

¿Qué podías hacer tú entre dos frentes? Desde pequeña te viste obligada a fungir como árbitro en nuestras disputas, a matizar las injurias y las descalificaciones, a moderar las salidas de tono, a procurar una mínima cordialidad entre nosotros. Hasta que un día te quebraste, incapaz de soportar tanta presión, y tu cuerpecito, privado de alimento, casi no pudo resistirlo. Cuando superaste la enfermedad nos advertiste que no volverías a mediar entre nosotros, que no ibas a perder la cordura por nuestra culpa, que dejáramos de involucrarte en nuestras riñas. Y ahora yo volvía a pedirte —a exigirte— que intercedieses por mí ante tu hermano y me ayudases a salvarlo.

Isaac no cedió.

Lanzó sobre la mesa los fajos de efectivo, los pasaportes y los datos de las cuentas *offshore*, los pasajes de avión y las direcciones de nuestros contactos en cada escala del trayecto. Y te arras-tró del brazo hacia la puerta sin dejar que te despidieses de mí.

Nunca le perdonaré que te arrancase de mis brazos, que me impidiese darte un último beso.

Maldito seas, Isaac.

Lo demás ya lo he contado. Llamé a Vikram, lo instruí brevemente, bajé por el ascensor de servicio, tomé el coche en la calle trasera y me escabullí para siempre, o eso espero.

Traté de salvarlos, hijos míos, pero ustedes se resistieron. ¿Cómo hubiese podido obligarlos? Mientras saltaba de un lugar a otro del planeta, con mi nombre inscrito en un lugar de privilegio en las listas de más buscados de la Interpol, quise creer que ustedes estarían a salvo, que por alguna razón —un mágico designio de los hados— quedarían al margen de las sospechas, que si se apresuraban a denunciarme a la policía, como hicieron aquella mañana, nada malo les ocurriría. Pensamiento mágico. Autoengaño. En el fondo sabía que, si se quedaban, estarían siempre amenazados. Primero, por esa estirpe de chacales que son los periodistas y, luego, por esos mismos agentes del FBI que anotaron con supuesta diligencia sus deposiciones.

La verdadera muerte me fulminó el día en que, después de largas semanas sin noticias de Occidente, recogí del suelo un sucio ejemplar del *Herald* donde aparecía su fotografía:



Y, debajo de ella, el siguiente titular: «Isaac y Susan Volpi, hijos del especulador que defraudó a sus clientes por 15 mil millones de dólares, han sido formalmente acusados de complicidad en el desfalco de su padre, prófugo desde el 2 de octubre de 2008».

¿Cómo no iba a ser el peor día de mi vida?

Índice

OBERTURA	II
PRIMER ACTO. <i>IL DISSOLUTO PUNITO</i>	
Escena I. <i>Sobre cómo un pichón arruinó mi primer cumpleaños y la ingratitud de los lobeznos</i>	17
Escena II. <i>Sobre cómo unos shedim equivocaron su maleficio y mi madre se unió a los alienígenas</i>	33
Escena III. <i>Sobre cómo desguanzar un violín con una sierra eléctrica y ser comunista y anticomunista en una tarde</i>	59
Escena IV. <i>Sobre cómo apareció mi Watson-con-falda-hippy y el judío canalla que inventó el FMI</i>	75
Escena V. <i>Sobre el carácter asesino de los genes y las guerras que se libran en familia</i>	89
Escena VI. <i>Sobre cómo limpiar tu nombre de la infamia y la extinción de los profetas</i>	107
Escena VII. <i>Sobre cómo unos bañistas hicieron quebrar al Planeta Tierra, S. A., y la persistencia de los virus</i>	117
Escena VIII. <i>Sobre las muchas vidas de los cadáveres y cómo formar un equipo de tenis con comunistas</i>	127
Escena IX. <i>Sobre cómo ensamblar una bomba H con bonos basura y cómo cantar a tres un dúo de La Bohème</i>	133
Escena X. <i>Sobre cómo influir en la gente y traicionar a tus amigos y los cuervos que anidan en el corazón</i>	145

SEGUNDO ACTO. *L'OCCASIONE FA IL LADRO*

Escena I. <i>Sobre cómo visitar Washington de noche y arrastrar un cadáver por el lodo</i>	169
Escena II. <i>Sobre cómo dos economistas consiguieron la piedra filosofal y dos economistas estelarizaron la pelea del siglo</i>	177
Escena III. <i>Sobre cómo enamorarse de una espía y engordar con una dieta de rencor</i>	197
Escena IV. <i>Sobre cómo pinchar una burbuja erótica y la guerra de los mundos</i>	217
Escena V. <i>Sobre cómo reconocer una mala dentadura y cómo acorralar a un espía con una calabaza</i>	233
Escena VI. <i>Sobre cómo formar un perfecto matrimonio y abofetear delicadamente a tu Maestro</i>	255
Escena VII. <i>Sobre cómo ganar perdiendo y perder ganando y cómo montar un pequeño álbum de familia</i>	267
Escena VIII. <i>Sobre cómo reconstruir el mundo en un hotel de lujo y la plácida jubilación de los espías</i>	285
Escena IX. <i>Sobre cómo unos mellizos se apoderaron del mundo y cómo usar a tu hijo como escudo</i>	303
Escena X. <i>Sobre cómo invertir en bienes raíces siendo comunista y naufragar sin salvavidas</i>	321

TERCER ACTO. *L'INGANNO FELICE*

Escena I. <i>Sobre cómo salvar el mundo con esparadrapo y cómo comerciar con viento</i>	339
Escena II. <i>Sobre cómo calentarse en el invierno moscovita y cómo hacerse millonario con cupones</i>	357

Escena III. <i>Sobre cómo ser inteligente y guapo te transforma en héroe y ser inteligente y guapa te convierte en puta</i>	373
Escena IV. <i>Sobre cómo retrasar la verdad por medio siglo y por qué cayó Babel</i>	393
Escena V. <i>Sobre cómo sobrevivir al fin del mundo</i>	417